

## **La Globalización Fabrica Sushi ... y Esclavitud**

English title: *Globalization Produces Sushi...and Slavery* (blog – September 18, 2013)

**Escrito por/ written by: Kristen Steele – Director of Special Projects**

**Traducido por/ translated by: : Carmen Vélez Casellas**

Este mes de septiembre se conmemora el 151 aniversario de la primera Proclamación de Emancipación del presidente Abraham Lincoln, que dio lugar poco después a la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos. Un siglo y medio más tarde, la mayoría de los occidentales consideran la esclavitud una cosa del pasado, una reliquia de la época colonial. Pero en muchas partes del mundo “desarrollado”, la globalización retoma lo que el colonialismo dejó atrás. Los comerciantes de esclavos de antes son hoy traficantes de personas, y los que se aprovechan en muchos casos son empresas modernas. Según las estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas, al menos 12,3 millones de personas trabajan en condiciones de esclavitud o en trabajos forzados, generando beneficios para empresas que llegan a los 32 millones de dólares al año. A menudo oímos hablar sobre mujeres y niños obligados a participar en el comercio ilegal de sexo. Pero también hay hombres. Personas de ambos sexos son vendidas a plantaciones de algodón o aceite de palma, fábricas y barcos de pesca. De estas industrias, la producción de aceite de palma y la sobrepesca en particular, han recibido últimamente una gran atención de las comunidades medioambientales y científicas. Sin embargo, a menudo, el coste humano se pasa por alto.

“El trabajo forzado es la otra cara de la globalización negando a personas el acceso a sus derechos fundamentales y a su dignidad”, palabras de Juan Somavia, director general de la Organización Internacional del Trabajo.

¿Cuál es la conexión con la globalización? Globalización implica el desmantelamiento de economías locales y la destrucción de medios de vida a través de la centralización, subsidios injustos y políticas comerciales a favor de grandes empresas y en detrimento de las pequeñas. La producción se orienta a la exportación en lugar de orientarse a satisfacer las necesidades locales. Especialmente en el mundo “desarrollado”, estas políticas están dirigiendo a los pequeños agricultores al endeudamiento, y finalmente al abandono de sus tierras. Sin los medios de vida suficientes para mantener a sus familias, son vulnerables ante los traficantes y sus falsas promesas de trabajos lucrativos. Este es el caso de Vannak Prum, un joven camboyano galardonado el año pasado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos como un héroe en la lucha contra el tráfico humano, y el protagonista de un documental (ver enlace). Hace ocho años, mientras buscaba trabajo para sobrevivir junto a su esposa embarazada, fue camelado por un traficante en la frontera con Tailandia tentado con un “trabajo” en la industria pesquera. Durante los siguientes tres años, no vio ni a su familia ni tierra firme, fue forzado a trabajar 20 horas al día sin cobrar, siendo testigo de brutales asesinatos a miembros de la tripulación que se negaban a seguir alguna orden. Finalmente, consiguió saltar por la borda cerca de la costa de Malasia y llegar hasta una

comisaría de policía, cosa que le llevó a encontrarse pronto obligado a trabajar forzadamente durante un año en una plantación de aceite de palma. Con tantos beneficios en juego y economías nacionales enteras implicadas, algunos gobiernos a menudo se alían con los traficantes, haciendo circular esclavos de una industria a otra.

Nuestro instinto visceral debería servir para avergonzar gobiernos, boicotear la pesca tailandesa, o presionar a fabricantes de aperitivos para que certifiquen que el aceite de palma que utilizan esta libre de violaciones de los derechos humanos. Pero mientras estas medidas de resistencia ayudan, deberíamos también examinar el sistema global que desencadena estas atrocidades. Esto se ve facilitado por tratados y regulaciones, financiado a través de subvenciones, e impulsado por el compromiso inquebrantable de la mayoría de los gobiernos para aumentar el PIB de sus países, sea cual sea el coste para las personas o el planeta. Por ejemplo, el gobierno Malayo aporta más de un billón y medio de dólares al año para el desarrollo de la producción de aceite de palma y el aumento de sus exportaciones, mientras discute en el marco del Trans Pacific Partnership (el nuevo tratado sobre comercio mundial también conocido como TPP) como erradicar las barreras al comercio global. Esto incluiría “barreras” como las regulaciones para prevenir la tala de selva virgen para plantaciones, o pedir salarios justos y protección para los trabajadores. Mientras tanto, las subvenciones para la pesca en Japón mantienen los precios del pescado artificialmente bajos, fomentando la pesca excesiva y obligando a otras naciones, como Tailandia, a usar mano de obra esclava para ahorrar costes en un esfuerzo para competir a nivel mundial. Es una mezcla de duda, esclavitud, pérdida de biodiversidad, destrucción ecológica y beneficios empresariales, todo ello envuelto y sellado con el inconfundible sello de la globalización económica.

¿Cuáles son las soluciones? Las denominadas opciones “sostenibles” han sido ideadas, potenciando certificaciones como RSPO (Mesa redonda sobre Aceite de Palma Sostenible) y el (MSC), el Consejo de Administración Marina, pero estas iniciativas todavía no han mostrado una efectividad real. Estas organizaciones siguen operando bajo un modelo de mercado global y en consecuencia suponen más maquillaje verde que acción. Mucho más alentador – y con mayor probabilidad de llevarnos hacia una verdadera sostenibilidad – son los esfuerzos de base para reorientar estas industrias hacia la producción y el consumo local. Como por ejemplo, las pesquerías comunitarias que afloran en Estados Unidos.

Inspiradas en modelos de Agricultura comunitaria y alianzas de negocios locales, estas pesquerías encarnan el principio central de la localización económica: disminuir la distancia entre productores y consumidores. Haciendo esto, tienen el potencial de crear puestos de trabajo estables para los pescadores locales, fortalecer la economía local, y mantener la pesca artesanal y sensible al ecosistema. El marketing local deja al margen la comercialización de cualquier especie de pescado que llega a una red – incluyendo la “captura accidental”, la cual puede significar dos tercios de la captura, y pescado que por lo general se tira por la borda muerto. La mayoría de este pescado es comestible y de hecho gustoso, pero no es el objetivo de un barco de pesca industrial que intenta capturar solo las especies que el mercado global caprichoso ha considerado más

rentable en ese momento. Por otra parte, los consumidores preferirían comer el pescado capturado por sus vecinos que por personas forzadas a la esclavitud en el otro lado del mundo. Y los ingresos a largo plazo asegurados por los modelos de pesquerías comunitarias hacen que los pescadores no tengan que dirigirse a la sobrepesca para mantenerse al margen de la pobreza.

Este tipo de sistemas localizados son igual de importantes en el sur global. La producción orientada a la exportación es raramente una propuesta ventajosa para la población de países en desarrollo. Cuando las personas han de luchar hasta para satisfacer sus necesidades básicas, el objetivo no debería estar orientado a incrementar arbitrariamente el PIB. Lo único que tiene sentido es que se les permita primero alimentarse a ellos mismos antes de pedirles que nos alimenten a nosotros. Esto no es de aplicación única a la pesca o el aceite de palma, sino a toda la industria alimentaria. Como la líder de agricultura y comida india, Vandana Shiva, puntualizó en la película *The Economics of Happiness*, “la idea de que la reducción de la pobreza en el sur depende del acceso a los mercados del norte es hija de la globalización. Tenemos recursos limitados. Y si tenemos que usar (nuestra) tierra y agua y energía para producir una lechuga extra para un hogar británico, podemos estar seguros que estamos robando a los campesinos indios la posibilidad de cultivar su arroz y su trigo”.

Estamos de hecho generando una situación en la que exportamos al Tercer Mundo y el Sur hambruna y sequía. A esto, podemos ahora añadir esclavitud.

En los EEUU, los esclavos fueron oficialmente liberados menos de cuatro meses después de que Lincoln diera su proclamación en 1861. Es una incógnita cuánto tiempo nos llevará a la abolición de la esclavitud impuesta por la globalización. La localización, sin embargo, seguramente será la forma más rápida de llegar allí.

Read blog in English here: <https://www.localfutures.org/globalization-produces-sushi-and-slavery/>

Read all our blogs here: <https://www.localfutures.org/blog/>